

mática, depositando frecuentes dosis de mala uva, con cierta acritud inesperada en sus comparaciones zootécnicas (loros, urracas, gallos, pavos reales), fustigando en superficie hipocrasias y tapujos en un sano ardor desmitificador y en cierta forma audaz. Lástima que los arreglos de Juan Carlos Calderón suavicen con su grandilocuencia algunos perfiles y diluyan en parte las buenas intenciones de la nueva autora, a la que, sin duda, hay que comenzar a tener en cuenta a pesar de sus lógicas, casi necesarias imperfecciones de un primer disco. ■ MONCHO ALPUENTE.



TEATRO

Una edición de «Tres sombreros de copa»

Anaya ha confiado a Jorge Rodríguez Padrón, estudioso avecinado en Las Palmas de Gran Canaria, una nueva edición de la más celebrada de las obras de Miguel Mihura. El largo prólogo, atento a cuanto se ha escrito hasta la fecha sobre Mihura y sobre «Tres

sombreros de copa», resume, con precisión, las razones que han hecho del humorista y de la obra en cuestión un elemento relevante dentro del panorama teatral español de una época.

Por lo demás, y sin que ello signifique apuntarse a un riguroso determinismo sociológico de toda obra de arte, no deja de incitar a la reflexión el hecho de que «Tres sombreros de copa» pareciera poco interesante al público y crítica latinoamericana cuando, hace dos o tres años, la llevó en su jira la Titular del María Guerrero. La reflexión obligada en relación con el entusiasmo que esa misma obra provocó en los sectores españoles más sensibilizados, sería que «Tres sombreros de copa» está cargada de significaciones y de rupturas, que encuentran todo un sentido en nuestro proceso histórico-cultural. Bien está que Ionesco haya cantado las excelencias de «Tres sombreros de copa»; pero es seguro que jamás podría alcanzar las razones de esa admiración apasionada de la que Jorge Rodríguez Padrón es, por ahora, el último testimonio. Una admiración que, por ejemplo, resulta muy difícil en medios más vitales y menos represivos que el nuestro. La ilusoria rebelión de Dionisio, su claudicación final, y la lista de «odiosos señores» que esclavizan a Paula, aparte de la libertad formal de la pieza, son trazos que iluminan nuestra realidad, que adquieren gracias a ella una significación y un patetismo muy concretos.

No sé si en el futuro —y quizá sea esclarecedor el hecho de que, al menos durante algún tiempo, el Mihura más «acomodado» pareció contemplar con recelo la escandalosamente celebrada comedia— «Tres sombreros de copa» seguirá teniendo la significación que ha tenido para varias generaciones de españoles. No sé si las irritaciones y entusiasmos que ha provocado serán olvidados. Lo que no hay duda es que quien no entienda esta comedia no entenderá un cuarto de siglo de «intrahistoria» española. ■ JOSE MONLEON.



CINE

Un festival bastante imposible

«Los festivales no cuestan nada y rinden una barbaridad. Efectivamente, hay que hacer unas pequeñas inversiones, pero que se convierten en grandes beneficios publicitarios. Hace unos años hicimos unos cálculos de acuerdo con las revistas recibidas —que no eran su totalidad—, y teniendo como base unas tablas publicitarias, suponía siete veces más de lo que costaba el festival, y sobre todo, medios informativos, que nunca, a ningún precio, se hubieran ocupado de España, lo hacían como consecuencia de la celebración del festival. Estas son declaraciones del director del festival («Pueblo», 6 de junio), que resumen genialmente una de las razones del Festival de San Sebastián, que él dirige. La convocatoria número XX, con los consiguientes festejos y zarzandas que se celebran estos días, es también una fiestecita casera, que debe servir, como dice el director del festival, para que la fiesta sea recogida en todo el mundo. Pero, al margen de esto, si se quiere además guardar alguna relación con el mundo del cine, ser un

reflejo del cine que se hace en el mundo, tener una repercusión cultural en el panorama cinematográfico español (supongo que hasta internacional), el festejo no es ya sólo una pretensión vana, sino hasta un chiste.

Vayamos por partes: De un lado, un festival organizado por personas que están convencidas de que lo que hacen es lo mejor del mundo (así se deduce de entrevistas, declaraciones y artículos), tiene pocas posibilidades de ser algo serio. Si a ello se añade una información cinematográfica deficiente (aunque, eso sí, superior a la del público, al que preferentemente se dirige, motivada por el subdesarrollado panorama cinematográfico nacional de cada día), si a ello se añade también la dura censura que, por cuenta propia o de la conocida organización encargada de tal menester, debe soportar (censura que no sólo se limita a las exhibiciones en el circuito del Festival, sino, lo que es peor, a la exhibición posterior de las mismas películas en los circuitos comerciales españoles —ello ha llevado a veces a la paradoja de premiar películas que

luego no se han podido exhibir normalmente—), y el lógico desinterés de productores y distribuidores internacionales, que prefieren enviar sus películas a certámenes de mayor resonancia, tendremos unas cuantas razones para entender por qué el festival de San Sebastián no puede llegar a ser un festival realmente importante. En resumen, no es posible en un país donde no hay cine hacer un Festival de Cine. En un lugar donde no existe interés por el cine, pensar en convocar una reunión internacional dedicada a él.

Pero este año —el año XX—, a juzgar por los seis días que llevamos ya, las cosas están llegando a grados nunca vistos. Los periodistas y críticos trasladados a San Sebastián comentan en su mayoría, entre bostezos, el increíble aburrimiento que produce no ya sólo ver películas malas, sino no tener películas que ver. Únicamente en la inauguración del Festival se proyectó un film importante: «Junior Bonner», de Sam Peckinpah, del que hablaremos más detenidamente la semana próxima. El resto es, más o menos, como cualquier cartelera

«Junior Bonner», de Sam Peckinpah, la única obra importante presentada hasta el momento en el Festival de San Sebastián.

